

4. Por qué se permitió que existiera

La pregunta ha surgido en muchas mentes: ¿Por qué permite Dios que Satanás exista? Dios es todopoderoso; Él puede destruir a Satanás; ¿por qué, entonces, le permite seguir ejerciendo tanto poder para el mal?

Para cualquiera que haya considerado cuidadosamente este tema, estas preguntas no presentan dificultad alguna, aunque implican toda la cuestión de la existencia del mal en cualquier forma. Si negamos la existencia del diablo, no podemos negar la existencia del mal. Si hubiera alguna dificultad, esta aparecería con respecto a la existencia de cualquier mal, no solo con el mal mayor.

En cuanto a la cuestión de la posibilidad o imposibilidad de que el mal entre en un reino bien ordenado y sabiamente gobernado, un hecho nos sale al encuentro a cada paso, en lo que respecta al universo, y es que el mal ha entrado. Es inútil teorizar contra un hecho tan evidente como este. Podemos intentar ignorar su existencia, pero no intentará permanecer oculto. Estamos obligados a reconocer su existencia, y sabemos que todo lo que existe es posible. Tenemos que tratar con hechos, no con meras especulaciones.

Realmente no hay más dificultad en admitir la existencia de un diablo que en admitir la existencia de aquellas cualidades en otros que conforman el carácter de un diablo. El mal en un hombre que fue creado muy bueno es tan incomprensible como en un ángel. En cualquier caso, es la perversión de cualidades naturalmente buenas. También vemos en este mundo que la sabiduría, el conocimiento y las grandes oportunidades no son salvaguardias contra el mal hacer. Muchos de los hombres más capaces del mundo, de los intelectos más brillantes y de las mayores oportunidades, son muy malvados. Y todos saben que cuanto más sabio y fuerte es un hombre, mayor es su poder para hacer el mal, si su corazón está dispuesto a hacerlo. De la misma manera, deberíamos concluir que si los ángeles pecan, serán capaces de hacer más mal que el hombre, porque son un orden superior de seres; poseen mayor inteligencia y poder. Aun así, si el *querubín protector*, un ser creado lleno de sabiduría y perfecto en belleza, dispone su corazón a hacer el mal, su poder, su sabiduría, su belleza, todo se combina para darle influencia sobre los

demás y permitirle convertirse en el mayor pecador de todos. No es sorprendente que tal ser, habiendo caído, se haya ganado los títulos de Satanás, Apolión y diablo, o Diabolus.

Cómo cayó Satanás se nos informa claramente en las Escrituras. Se enorgulleció de su sabiduría y belleza, y ambicionó una mayor exaltación. Esto lo llevó a la rebelión contra los designios de Dios. Aspiró a ser «*como el Altísimo*», donde no reconocería superior alguno —quizás solo el Altísimo exceptuado. Dios había declarado que todos los ángeles debían adorar a Su Hijo (Hebreos 1:6), y esto, para el corazón orgulloso de Lucifer, era demasiado humillante. Pero si se pregunta: ¿Por qué se rebeló así contra los designios de Dios, quien ya le había conferido tanto honor y gloria? Respondemos fácilmente: No hubo razón. El pecado es algo sin causa, inexplicable. Su propio ser, su sabiduría y belleza, su posición exaltada y su capacidad de goce, todo era evidencia de la bondad y el amor de su Creador; y todo debe coincidir con nuestra respuesta: No hubo razón para que se levantara en rebelión y así arriesgara la pérdida de todo. El pecado en todas sus formas es irrazonable. No hay razón para que nadie peque. Sobre este tema, el Dr. Charles Beecher tiene algunas observaciones muy sensatas. Él dice:—

«Si tal era la condición original del universo, surge la pregunta de cómo pudo entrar el pecado. Algunas mentes han sentido la dificultad en este punto tan fuertemente que han rechazado el relato bíblico del asunto y han negado la existencia de tal estado sin pecado del universo. Pero la respuesta a la pregunta es simple. El pecado es, por su propia naturaleza, anómalo y, por lo tanto, misterioso; es, por su propia naturaleza, algo inexplicable; porque, en el momento en que admitimos que está debidamente explicado, es decir, en el momento en que le hemos asignado una causa buena y suficiente, en ese momento deja de ser pecado. Una causa buena y suficiente es una excusa buena y suficiente; y aquello que tiene una excusa buena y suficiente no es pecado. Explicar el pecado, por lo tanto, es defenderlo; y defenderlo es certificar que no existe. Por lo tanto, la objeción de que es inconcebible e inexplicable que el pecado entrara en un universo tan perfecto, no significa otra cosa sino que el pecado es extremadamente pecaminoso, inexcusable y desprovisto de la menor defensa o justificación. El pecado es una

violación de toda ley, un apartamiento de toda naturaleza original, algo esencialmente ilegal, anómalo y misterioso. Podemos identificar el hecho de su existencia, podemos describir la manera, podemos descubrir la ocasión, pero la causa, la causa buena y suficiente, Dios mismo y el tribunal demostrarán que no puede ser mostrada, porque no existe.»—*Redeemer and Redeemed*, pp. 82, 83.

Que Satanás albergara malos pensamientos, fuera tentado y cayera, no significa que Dios lo creara con una inclinación al mal. La Biblia contradice tal idea, pues el Señor dice de él: «*Fuiste perfecto en tus caminos desde el día que fuiste creado, hasta que se halló en ti maldad.*»

Todas las criaturas inteligentes, capaces de razonar sobre el bien y el mal, son agentes morales. Es imposible que Dios confiera un carácter moral a cualquiera de Sus criaturas. Él las crea perfectas, las dota de plena capacidad para hacer Su voluntad, para andar en el camino de la justicia, pero no puede obligarlas a hacer el bien de tal manera que destruya su poder de elección; porque privarlas de la elección sería destruir la cualidad moral de sus acciones. Privadas de elección, serían meras máquinas pasivas, y las máquinas no pueden desarrollar carácter. Todos reconocen la fuerza de este razonamiento en cuanto a los hombres, pero es igualmente aplicable a los ángeles y a todas las inteligencias creadas.

Si el mundo actual y la vida presente fueran las finalidades de la existencia del hombre, entonces habría dificultades inherentes a este tema que no existen. Los ángeles y los hombres fueron dotados de capacidades para querer y razonar; sus acciones tienen cualidades morales, y tienen responsabilidades correspondientes a estos poderes. Solo ellos pueden formar su carácter, y deben asumir la responsabilidad de sus acciones. El hecho, grande y de infinita importancia, se revela claramente: «Dios traerá toda obra a juicio.» (Eclesiastés 12:14). El día del juicio aclarará muchas cosas que han parecido misteriosas en este mundo.

Algunos han asumido la posición tan peligrosa de que Dios es el autor del mal; que el mal es una contraparte necesaria del bien positivo, por la cual solo el bien se hace aparecer como bueno. El día del juicio corregirá esta falacia. Dios puede ser justo y bueno, con los resultados del juicio en mente, y permitir temporalmente

que el mal exista; pero sería imposible establecer una defensa si Él originara el mal moral o lo perpetuara, si le diera un establecimiento eterno en una creación que no incluyera ningún mal. El pecado es un intruso; no tiene derechos; no tiene derecho a favor; no tiene derecho a existir.

Puede decirse que hay una diferencia entre el caso de Satanás y el del hombre. Satanás y sus ángeles tenían todos los gozos del cielo en su posesión; tuvieron una gran experiencia, un conocimiento de los caminos de Dios que el hombre no poseía; y pecaron por su propia elección, mientras que el hombre fue tentado y seducido al pecado. Hay algo de justicia en esta observación, y Dios lo ha reconocido en las disposiciones de Su gracia. La salvación fue provista para el hombre, pero no para los ángeles. Pero, aunque no se hizo provisión para su salvación, puede haber buenas razones por las que se les debería permitir seguir existiendo y continuar su camino de maldad. No nos preguntamos por qué Dios no destruye a todo pecador incorregible aquí, incluso si han ultrajado tanto al Espíritu de Gracia que, como dijo el Salvador, no tendrán perdón en este mundo ni en el venidero. Puede que no comprendamos todas las razones de las decisiones tomadas en el cielo.

Cuando Dios prometió la tierra a Abraham y a su descendencia, dijo que entonces no podría heredarla, porque «la iniquidad del amorreo aún no ha llegado a su colmo.» (Génesis 15:16). El Señor les daría la oportunidad de llenar la copa de su iniquidad. Esto demuestra la longanimidad de Dios. Y ningún pecado fue tan grande que no hallara simpatía en algún lugar. Satanás obró tanto sobre las simpatías de los ángeles que legiones de ellos negaron la justicia de Dios y se pusieron de su lado. Si el Señor lo hubiera destruido entonces, es muy probable que millares más en el universo pudieran haber dudado de la sabiduría o la justicia de la acción. Quizás aún no podían comprender la enormidad de su culpa. Pero en el juicio final, cuando toda copa esté llena, y Satanás haya convencido plenamente a cada criatura de que él es la única personificación de la malignidad y de todo lo que es malvado y odioso, todos aprobarán la justicia de Dios en su destrucción. Y sin duda, Satanás mismo, al ver el resultado de muchas generaciones de rebelión y la ruina sin causa que ha obrado, se dará cuenta de que Dios es justo, y de que él

estuvo completamente equivocado en su orgullo y ambición y, sobre todo, al instigar el asesinato del manso y humilde Hijo de Dios.

Cuando Satanás vea la ciudad de Dios descender del cielo, y las huestes de ángeles con quienes una vez adoró en bendita unión, y al glorioso Hijo de Dios, su amado Comandante, a la cabeza, y a los millones de glorificados de este mundo, comprados por Su sangre, incluso él mismo se verá obligado a confesar el rotundo fracaso de su ambicioso plan, la bondad de Jesús al morir por Sus criaturas, y la sabiduría y justicia de Dios Padre al exaltar a Su Hijo sobre un espíritu tan vicioso como él mismo ha demostrado ser. Verdaderamente creemos que este será el caso, y que en esto se hallará el cumplimiento de las palabras de inspiración: «para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.» (Filipenses 2:10, 11).